

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

FLACSO - Biblioteca

320
Fazio

Diseño de tapa: Estudio R

320 Fazio, Horacio
 FAZ La política en discusión / Horacio Fazio y Carlos
 Alvarez.- 1ª. ed. - Buenos Aires : Manantial, 2002
 352 p. ; 23x16 cm.
 ISBN 987-500-072-8
 I. Alvarez, Carlos II. Título - 1. Política

REG. 15998
 CINT. 15998
 BIBLIOTECA - FLACSO

BIBLIOTECA - FLACSO - EC
 Fecha: 18 agosto 2006
 Cantidad: \$ 13.51
 Proveedor: Servicios Libros
 Canje:
 Donación:

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 2002, FLACSO / Proyecto Cambio Político

ISBN: 987-500-072-8

Derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial

Avda. de Mayo 1365, 6º piso,
(1085) Buenos Aires, Argentina
Telefax: (54 11) 4383-7350/4383-6059
E-mail: info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

HORACIO FAZIO
(Coordinador)

FLACSO - Biblioteca

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

GERARDO ADROGUÉ
CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
ALCIRA ARGUMEDO
ATILIO BORÓN
ISIDORO CHERESKY
MARIO DAMILL
JUAN CARLOS DEL BELLO
PEDRO DEL PIEDRO
TORCUATO DI TELLA
MARCELO ESCOLAR
JOSÉ PABLO FEINMANN

ROSENDO FRAGA
RUBÉN LO VUOLO
LUIS MORENO OCAMPO
JUAN CARLOS PORTANTIERO
LUIS ALBERTO QUEVEDO
JESÚS RODRÍGUEZ
CARLOS STRASSER
FEDERICO STURZENEGGER
ABEL VIGLIONE
ENRIQUE ZUJETA PUCEIRO

FLACSO

MANANTIAL

ÍNDICE

Publicación de la Fundación de Estudios Económicos y Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, en colaboración con el Instituto de Estudios Económicos y Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba.

Expositores	9
Prólogo de Horacio Fazio	13
I. La Alianza: entre la vieja y la nueva política <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	19
II. Gobierno de la Alianza: una oportunidad perdida <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	35
III. El marco democrático y sus posibilidades <i>Carlos Strasser</i>	45
IV. Ciudadanía y política <i>Isidoro Cheresky</i>	57
V. La crisis política argentina en el marco de la globalización <i>Juan Carlos Portantiero</i>	79
VI. La reforma política en la Argentina: antecedentes y perspectivas <i>Marcelo Escolar</i>	99
VII. Política y sociedad frente al nuevo escenario mundial <i>Alcira Argumedo</i>	115

VIII. Perspectivas futuras del sistema partidario argentino <i>Torcuato Di Tella</i>	143
IX. En torno al rol del Estado <i>Atilio Borón</i>	167
X. Mesa redonda de economía. Alcances estructurales y límites políticos del modelo económico <i>Mario Damill, Rubén Lo Vuolo, Federico Sturzenegger y Abel Viglione</i>	191
XI. Mesa redonda de opinión pública. La opinión pública entre la ética y la economía <i>Gerardo Adrogué, Rosendo Fraga, Luis Alberto Quevedo y Enrique Zuleta Puceiro</i>	225
XII. Mesa redonda de política. ¿Vieja y nueva política? <i>Juan Carlos Del Bello, Pedro Del Piero y Jesús Rodríguez</i>	257
XIII. ¿Cambio político desde la política? <i>Luis Moreno Ocampo</i>	283
XIV. La desesperanza como creación política <i>José Pablo Feinmann</i>	297
XV. Política y economía en un país decepcionado <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	323
XVI. Hacia un acuerdo programático desde un espacio transversal <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	339

XI

MESA REDONDA DE OPINIÓN PÚBLICA

LA OPINIÓN PÚBLICA ENTRE LA ÉTICA Y LA ECONOMÍA

GERARDO ADROGUÉ
ROSENDO FRAGA
LUIS ALBERTO QUEVEDO
ENRIQUE ZULETA PUCEIRO
21 de junio de 2001

GERARDO ADROGUÉ

Como decía Horacio (Fazio) en la presentación, los ejes que quisiera presentar hoy estaban planteados en aquella encuesta de opinión, cuyo objetivo era ver por qué la gente creía que la Argentina no crecía, no salía de la recesión económica. Se planteaba una pregunta referida a si la economía cubría las expectativas de la gente. Efectivamente, en la medida que hubiera recuperación económica, en la medida que el país comenzara a crecer, eso se iba a traducir en una mayor aprobación de la gestión de gobierno y eso se iba a reflejar en votos. No eran pocos quienes por entonces también pensaban que no se trataba de que hubiese cambios en la economía real, sino de mantener cierta burbuja de opinión; es decir, indistintamente de que la economía crezca, era esperable que esta burbuja de opinión y el crecimiento de las expectativas duraran por lo menos hasta las elecciones de octubre. Tal vez, hasta ese nivel llegaba el nivel de determinismo entre expectativas sobre la economía y votos. Todo mi argumento va destinado a decir que la economía es importante, no hay que descuidarla, pero no es única, no es todo lo que importa. El problema de la corrupción y la percepción que la sociedad tiene sobre la lucha contra la corrupción es importante, probablemente no tan importante como la economía, pero es importante. Veamos por qué.

Primer aspecto: la aprobación de la gestión de gobierno. Hoy en día, el 75 % de los argentinos, tres de cada cuatro, desapruueba la gestión de De la Rúa. Esto es algo que desde mediados del año pasado se viene insinuando. Es cierto que en algún momento puede haber bajado de manera más o me-

nos significativa, especialmente tras el anuncio del blindaje, pero luego se mantuvo en niveles altísimos, más del 70 % y hoy llega al 75 %. ¿Cuáles son los motivos por los cuales la sociedad desapueba la gestión presidencial de De la Rúa? Por un lado es la economía. Efectivamente, la creencia de que no se estaba dando en el clavo con las medidas para terminar con la recesión. Esto, con la llegada de Cavallo al Ministerio, por lo menos trae dudas; de todas maneras, sigue siendo con respecto a la evaluación, un factor de desaprobación. La economía no anda, la economía es uno de los factores por los cuales se desapueba la gestión.

Un segundo aspecto tiene que ver con factores propios del liderazgo de De la Rúa, en los cuales no quisiera ahora extenderme, pero que básicamente tienen que ver con su estilo de liderazgo. Y un tercer factor, que tiene que ver con la lucha contra la corrupción; mejor dicho, no haber cumplido con la lucha contra la corrupción. Según las distintas encuestas, entre el 60-70% afirma que no se está en el rumbo económico apropiado; en un porcentaje igual de alto afirma que el gobierno de De la Rúa no cumplió con su promesa de lucha contra la corrupción, que sin duda fue uno de los dos argumentos que fundamentó el voto en las elecciones de 1999. No se trata de decir el porcentaje de gente que cree esto, sino también de ver la relación entre las variables. ¿Cuáles efectivamente tienen peso a la hora de desaprobación o no la gestión? Y ésta es la conclusión: si quieren ponerlos en términos de magnitud, la economía es importante, pero la corrupción también es un factor estadísticamente significativo, en una relación tres a uno.

Pensemos también en los factores por los cuales la gente cree que no se crece, que la Argentina no logra salir de la recesión. Podemos pensar en tres grandes conjuntos de argumentos. El primero de ellos, factores externos; la idea de que la Argentina es víctima de un proceso de globalización, indistintamente de que esto sea cierto o no, después los economistas podrán argumentar. Pero éste es uno de los tres argumentos dominantes, y ahora vamos a ver en qué proporción. La Argentina es víctima de un proceso de globalización en el cual sólo puede tener un rol pasivo. Parte de la decepción frente al Mercosur tiene que ver con esto; la idea de que vamos a crecer cuando nos dejen. Hay otra gran dimensión respecto a las razones por las cuales la Argentina no crece vinculada a la lógica de la actividad política en la Argentina y en donde aparecen dos grandes indicadores, dos grandes razones. La política es esencialmente corrupta; quienes ejercen la política están más preocupados por llegar a cargos y obtener beneficios estrictamente personales. En segundo lugar, los políticos no están capacitados. El problema es que los mejores se fueron de la actividad política y hoy se dedican a otras cosas. Existe un tercer argumento vinculado a la gestión del actual gobierno, vinculado a la falta de ideas, falta de liderazgo, atenuada ahora con la llegada de Cavallo al Ministerio. Pero ¿cuál de

estos argumentos es el que más peso tiene? Fíjense ustedes, para el 46 % de los argentinos, el país no crece por la corrupción en la política. Una serie de razones, dirigentes sin ideas, sin operancia, falta de voluntad. Los factores internacionales, los que más peso tienen están vinculados a la corrupción. La Argentina no logra salir de su recesión por un problema estrictamente de corrupción en sus clases dirigentes. Es verdad que los factores externos existen, pero tiene un peso francamente menor.

¿Qué quiero decir con esto? En primer lugar, es claro que la economía no es todo, es importante; pero también, en las principales tendencias de la opinión pública, la corrupción tienen un peso significativo. ¿Qué tan significativo es? Piensen ustedes que de llegarse a presentarse Carrió como candidata en las elecciones de octubre, sería un fenómeno electoral interesante de seguir. ¿Cuáles son las razones que fundan el voto a Carrió, por lo menos en la Capital Federal? Bueno, no es que la Argentina no sale de la recesión, sino que existe ante todo, el problema de la asignatura pendiente de la lucha contra la corrupción.

En cuanto a la discusión que planteaba al principio Horacio (Fazio) respecto a la relación entre política y economía a la hora de votar, ¿cómo vota la gente? Vota con el bolsillo, vota pensando en aspectos de la corrupción. Si uno recorre la literatura académica, va a encontrarse con tradiciones bastante estrictas, con pretensión de hegemonía intelectual muy fuerte. Quienes primero adscriben a la idea de que la gente vota en función de sus características sociodemográficas, sostienen que los pobres votarán al peronismo, la clase media al radicalismo y las clases altas a la UCD. Luego, otros llegaron con otras teorías. Afirmaron que en realidad no eran tanto los factores sociodemográficos, sino factores más de construcción de las identidades políticas; se habló de la cercanía de los partidos. La gente vota en función de las tradiciones; porque es radical, porque es peronista. Después vinieron otros y dijeron, en realidad, no es tan así, la gente vota en función de los *issues* de campaña. Como en realidad las identidades políticas están en crisis, son débiles, no logran impactar el voto, la gente está votando en función de los *issues*, de qué se debate en una campaña electoral, por ejemplo la economía, la corrupción. Otros dijeron, no se trata de ninguna de estas cosas, sino de la imagen de los candidatos. Lo que prima es la pura imagen. No se estaría, según esta lógica de argumentación, votando a Carrió por su posición frente a determinados temas de campaña, sino por su imagen. A la hora de evaluar las razones por las cuales le gente decide el voto, la realidad se asemeja más a un cóctel. Todas estas razones tienen un peso a la hora de componer las decisiones de voto de la gente.

Es cierto que las identidades partidarias no han desaparecido, como lo demuestran algunas realidades en el interior de la provincia, y que algunos de los que están en esta mesa conocen más que yo. Tampoco han desaparecido los *issues* y las imágenes. En este sentido, el problema de la corrup-

ción en la opinión pública, y particularmente en las elecciones de octubre de renovación legislativa que se viene, está llamado a cumplir un rol importante. No va a ser un tema menor.

Quisiera darles otro ejemplo del impacto que tiene la corrupción hoy en la sociedad y en la opinión pública, porque no sólo está vinculada a estos impactos políticos o a la evaluación de la gestión de gobierno, sino que tiene efectos económicos reales, incluso más allá de la vinculación que los argentinos hacen entre la corrupción y la imposibilidad de salir de la recesión. Es que, efectivamente, la corrupción produce un daño económico concreto sobre la imagen corporativa de grandes empresas y de sectores de la economía, que se mide en una disminución de la facturación. Algunas empresas importantes vinculadas en años recientes a escándalos de corrupción, han sufrido daños relevantes en su imagen corporativa, que se traduce en una merma en su rentabilidad. Esto es importante porque la corrupción tiene un impacto en la conducta de la gente, no sólo en la conducta del voto, sino también en ciertas conductas microeconómicas, decisión de compra, por ejemplo. Este comportamiento también influye en otros sectores, tal es el caso de los bancos, sin necesidad de hacer mención a un banco en particular.

Ustedes saben que la sociedad argentina expresa desconfianza por sus instituciones en una inmensa mayoría, salvo en el caso de los medios, la Iglesia y las Pyme. El resto de las instituciones, todas tienen altísimos niveles de desconfianza que oscilan en el 60 % de los entrevistados. Cuando ustedes preguntan las razones de la desconfianza, la corrupción aparece inevitable como uno de los factores que generan desconfianza. De distinta manera; no siempre con la misma tónica ni con el mismo sentido. Así por ejemplo, la desconfianza a los bancos está más asociada con la idea de que los bancos proveen la ingeniería de la corrupción. Si me disculpan la expresión tomada de un grupo motivacional casi de manera textual, no es que los bancos sean los que armen la joda, sino los que permiten que la plata del lavado pase por sus canales. No se les adjudica directamente la responsabilidad del hecho, sino que proveen la ingeniería. En otros casos, se le atribuye la corrupción directamente, como a los partidos políticos. El problema de la corrupción tiñe la percepción de la gente de una manera mucho más amplia de lo que se cree. Incluso con respecto a los medios —a pesar de que la mayoría de la gente confía en ellos—, ya que aquí la desconfianza está asociada a la idea de que en los medios es posible comprar opiniones.

Para concluir, quisiera referirme a la relación entre corrupción y “cualunquismo” mediático. Me parece que es un tema que vale la pena mencionar. Estoy seguro que Enrique Zuleta, que está en la mesa y conoce más del medio, podrá abonar o cuestionar la tesis, porque replantea esta aparente relación causal y determinista entre la opinión de los medios y la opinión pública. Es decir, díganme lo que apareció en la tapa de *Clarín* y les diré lo

que piensa la gente. Yo creo que será fácil comprobar que los medios han generado, en particular en la relación entre política y corrupción, una suerte de “cualunquismo” mediático muy llamativo, y que recorre algunas de las figuras más respetables y conocidas en los medios Ibarra, Bonelli, Haddad, Lanata, con distinto tono y con distintos argumentos, abonan este “cualunquismo”, en el sentido de que son todos unos corruptos, nadie entiende por qué no se ponen de acuerdo, la gente no quiere a los políticos, para qué sirve la política. Ese tipo de cuestionamiento a la política desde el saber del hombre común, de ahí viene lo de “cualunquismo”. Sin embargo, aunque les parezca mentira, la mayoría de la opinión pública está lejos de este “cualunquismo”, por más que pueda parecer que de esta manera se obtiene mayor *rating*. Si bien es cierto que el 89 % de los argentinos desconfían de los partidos políticos, y creen que efectivamente hoy está dominado por personas ineficaces o corruptas, esto no implica un cuestionamiento al rol o al lugar de los partidos en la democracia. La misma gente que en un 89 % desconfía de los partidos, afirma en un 70 % que sin partidos políticos no puede haber democracia; el 75 % afirma que votando a los candidatos que ofrecen los partidos políticos, no a los candidatos de las ONG, es una forma de lograr que las cosas cambien. El 70 % opina también que sin Congreso no puede haber democracia. En la opinión pública, evidentemente, hay un cuestionamiento vinculado a la corrupción, pero no es un cuestionamiento, por lo menos hasta el día de hoy, que avance sobre el rol y la funcionalidad de los partidos. Para decirlo en términos más mediáticos, no es que se demanda menos política, como muchos de estos periodistas a veces han tratado de decir, se demanda mejor política.

ROSENDO FRAGA

Quería plantear básicamente una reflexión. La política es ciencia como estudio y es arte como acción. A medida que van transcurriendo los años, me voy inclinando a pensar cada vez más que la política es arte y no ciencia, debido a que la acción política tiene mucho más que ver con el arte que con la ciencia. Vayamos entonces a revisar en nuestra historia contemporánea esta opción como si se hubiera dado prioridad, de acuerdo con las circunstancias, a los valores económicos o valores éticos como elección básica. En 1983 Alfonsín gana, tiene a su favor los valores económicos y los valores éticos. Frente a la opción del peronismo, en esa coyuntura, es la seguridad económica y una mejor calidad ética. En 1985, con el plan Austral y teniendo a su favor que el peronismo todavía estaba desorganizado, era la estabilidad económica y una mejor calidad ética. En 1987, Alfonsín no encuentra la eficacia económica, la inflación es del 10 % y ha perdido el valor ético por la crisis de Semana Santa y la ley de Obediencia Debida

que han roto la credibilidad presidencial. Aparece un peronismo renovado y pierde esa elección; ya no tiene el valor de la eficacia económica ni el ético. En el año 1989, es bastante más complejo de analizar. El modelo, que hasta aquí cerraba matemáticamente, se rompe. Entre Angeloz y Menem, vemos que el primero representa los valores económicos y éticos. ¿Quién daba más garantía económica, Angeloz o Menem? Claramente Angeloz. ¿Quién daba una mejor perspectiva ética? También Angeloz. Esto indica que no es tan fácil encajar todo el proceso político dentro de un modelo analítico perfecto. En 1991, el valor de la eficacia económica lo tenía el peronismo, pero no contaba con el valor de la mejora ética, aunque tampoco en ese momento, la oposición lo representaba claramente; además de que no era un tema que estuviera en discusión. Menem, que no proyectaba una imagen ética, gana sentado en la eficacia económica, sin que la oposición haya construido un valor ético de confrontación. Dos años después, en 1993, el valor de la eficacia económica lo seguía teniendo el justicialismo, mientras la oposición se encontraba quebrada por el pacto de Olivos, lo que impedía al radicalismo construirse como una alternativa ética ya que acababa de pactar con el justicialismo. En 1991-1993 cuenta sólo la eficacia económica y gana el menemismo, mientras la oposición no es capaz de articular una opción ética. Viene luego la constituyente de 1994, una elección que pasa desapercibida, pero que es muy interesante en algunas cuestiones. Nítidamente gana el peronismo, pues tiene la eficacia económica. Por su parte el radicalismo, como ya dijimos, con el pacto de Olivos está quebrado como para ser una opción ética en esa coyuntura. Pero surgen dos figuras, primero en la Capital, la elección de constituyentes la gana Chacho Álvarez, quien había sacado el 12 % de los votos en 1993. Mientras en la provincia de Buenos Aires, donde gana Duhalde, Alfonsín como candidato a constituyente sale tercero con el 13 %, después del Pino Solanas que logra el 14 %.

Chacho, primero en la Capital, y Solanas, segundo en la provincia de Buenos Aires, son dos chispazos que nos permiten ver que empieza a esbozarse una construcción sentada en los valores de la ética *versus* los de la eficacia económica. El radicalismo, quebrado, golpeado por el pacto de Olivos, no está en aptitud política de articular en lo ético una opción. En 1995, es muy clara la alternativa. La fórmula Bordón-Álvarez representa los valores de la ética, por su parte Menem-Ruckauf significan los de la eficacia económica. Gana abiertamente la opción de la eficacia económica. A pesar de que Bordón tenía mejor imagen que Menem, éste le saca veinte puntos de ventaja. Es quizá la elección donde más claramente se nos plantea la opción. Cuando analizamos el año 1997, es interesante ver cómo todo no es tan matemático. El peronismo gana por veinte puntos en 1995, año en el que el PBI cae 3,5 %, y pierde por diez en 1997, cuando el PBI aumenta el 7 %, el desempleo baja del 18,6 % al 14 % y la economía crece

el 7%. Esto lleva a pensar que no es tan matemática la relación entre elecciones y economía. Lo que sí es claro es que no es fácil encajar todo en un modelo donde si la economía crece, gano, si la economía cae, pierdo. En la elección central de 1997 en la provincia de Buenos Aires, Fernández Meijide representaba los valores de la ética e Hilda Duhalde, con sus manzanas, los valores de la eficacia, y en este caso, más que en lo económico, en lo social. Vamos a 1999. La elección entre eficacia y ética no se jugó en la opción Duhalde-De la Rúa. En realidad, estuvo presente en la interna abierta De la Rúa-Fernández Meijide. Allí es donde realmente se jugó la opción eficacia-ética. Ciertamente, en esa interna abierta, Fernández Meijide representaba los valores éticos y De la Rúa los de la eficacia económica, los que finalmente ganaron. Nadie esperaba que De la Rúa, si llegaba a la presidencia, hiciera una gran campaña anticorrupción, lo que sí se esperaba de Fernández Meijide. Pero, la expectativa sí era que él mantuviera la economía bajo control. ¿Qué pasa en 1999? De la Rúa está en la mejor posición, parece el Alfonsín de 1983. Frente a Duhalde, es la eficacia económica y el valor ético. Vuelve a repetirse lo que fue Alfonsín-Luder. Comparado con Duhalde —que había dicho de no pagar la deuda— para los mercados es la tranquilidad; el que no va a hacer locuras, es el previsible. Aunque en relación con Fernández Meijide no era la ética, comparado con Duhalde sí lo era. De la Rúa gana representando los dos valores, exactamente con el mismo esquema con que había vencido Alfonsín.

Mirando el proceso electoral 1983-1999, no es del todo fácil insertar la realidad política dentro de modelos analíticos racionales y matemáticos. El PBI cae 3,5% en 1995 y el peronismo gana, mientras que en 1999, cayendo en igual porcentaje, pierde. Esto tiene que servir para percibir las limitaciones de los modelos analíticos volcados a la realidad política práctica. ¿Qué va a pasar en la elección que viene? Ante todo es una elección legislativa, no presidencial; es un punto a tener en cuenta. Nunca el panorama estuvo tan confuso, hemos revisado de 1983 a 1999 y aunque no hay un modelo analítico que nos permita encajar todo, hemos encontrado una cierta lógica relativa.

Creo que para el que mira la política argentina desde afuera, es absolutamente incomprensible, ya que el principal opositor a la política económica del gobierno es Raúl Alfonsín, presidente del partido que está gobernando. El ministro ejecutor de la política económica es Cavallo, quien va a ir a elecciones aliado con el primer partido de la oposición en los principales distritos. Este cuadro político rompe cualquier previsibilidad analítica. ¿Quién tiene la eficacia, quién tiene el valor ético? Si Cavallo va aliado con los justicialistas en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Mendoza, da la impresión de que tiene mucho más que ver con la eficacia. No todo es tan sencillo, es un cuadro muy complicado. Analizando la historia, no encuentro una complejidad política de las características como las que hoy tene-

mos en la Argentina y que son casi caricaturescas. Si miramos el 2003 y proyectamos una conjetura, completamente arbitraria, pero sobre la base de los datos de la opinión pública, tenemos a Elisa Carrió, por un lado, contra una fórmula de las otras dos fuerzas, por el otro. Una opción es más socialdemócrata, más progresista, más sentada en la ética. Otra es éticamente más prolija que lo que históricamente ha sido el peronismo, pero más sentada en la eficacia. Puede o no ser así. De cualquier manera, el 2001 es una encrucijada sumamente compleja de articular. La Alianza que está en el gobierno es la versión local de la socialdemocracia, pero con Cavallo como ministro de Economía. El peronismo, formalmente, está en la internacional demócratacristiana, que es la derecha en el ámbito internacional. Sin embargo, Ruckauf tiene una postura populista. Es un cuadro muy complejo de articular. Me da la impresión de que va a ser difícil encontrar un eje tan claro como los que pudimos haber hallado antes. ¿Va a ser una elección nacional o local? Tiendo a pensar que va a ser más local que nacional, aunque el ingrediente nacional también va a estar presente. Hay que tener en cuenta, primero, que el valor económico que se llamaba estabilidad hasta el año 1997, hoy se llama desempleo. La percepción de la sociedad respecto del valor económico, que entre fines de los ochenta y mediados de los noventa fue fundamental, hoy se ha transformado en una percepción social. El primer dato que le interesa a la gente de la economía es qué va a pasar con el empleo. El valor económico está adoptando una percepción social en la gente, lo que juega más a favor del peronismo, porque tiene una mayor capacidad para moverse en esta dirección.

Quizás analizar el tema de Chacho Álvarez no sea menor para la política que viene, debido a que nos puede ayudar a ver en qué medida Elisa Carrió sea algo nuevo, o sea sólo una revisión del fenómeno político mediático de la frustración de la clase media argentina, que en los noventa representaron Chacho Álvarez y Fernández Meijide. Evaluar qué es lo que pasó con ellos en la década pasada no es un tema puramente académico, es un asunto político práctico inmediato, porque claramente, expresiones como Elisa Carrió y Farinello nos pueden parecer muy diferentes, tanto como en el pasado lo fueron Chacho Álvarez y Fernández Meijide. Sobre todo para los sectores progresistas, no es un tema académico, es un tema de política práctica. Podría preguntarse en qué medida fenómenos como los de Farinello o Elisa Carrió no van a reeditar en esta década manifestaciones de figuras políticas mediáticas que se proyectan, pero que después no tienen capacidad de transformarse en poder. Esto, desde el punto de vista del arco progresista de la política, resulta fundamental y no puramente académico, ya que es un tema de interés práctico inmediato.

ENRIQUE ZULETA PUCEIRO

Las intervenciones precedentes plantean una agenda de temas y problemas muy amplios. Por mi parte, propondré algunas ideas adicionales que seguramente no podré desarrollar en detalle, aun cuando dispongo de información empírica que, estimo, avalan la propuesta.

En primer lugar, creo que la política argentina –y en particular, la evolución de tendencias electorales entre 1983 y la actualidad– es bastante menos compleja que lo que suele pensarse. Si se actualizan las curvas de la evolución electoral –tomando en consideración, por ejemplo, el comportamiento de voto a diputados nacionales– las variaciones no son tan importantes y se explican, en todo caso, por las sumas y restas que se producen en la coalición electoral que agrupa el voto no peronista.

La cuenta es simple. Entre 1983 y 1999, el Justicialismo y sus aliados alcanzaron en las elecciones de diputados nacionales un promedio de alrededor del 40 % de los votos nacionales. Obtuvieron, en efecto, 38,4 en 1983; 34,6 en 1985; 41,5 en 1987; 44,7 en 1989; 40,0 en 1991; 42,5 en 1993; 37,9 en 1994 –elecciones de convencionales constituyentes–; 43,0 en 1995; 36,3 en 1997, y 32,9 en 1999. La UCR y sus aliados lograron a su vez un promedio nacional del 34 %. La curva refleja en efecto un 47,6 en 1983; 43,6 en 1985; 37,2 en 1987; 28,4 en 1991; 30,2 en 1993; 19,7 en 1994; 21,7 que deben sumarse al 21,1 del entonces naciente Frepaso en 1995; 45,6 en 1997, y 40,5 en 1999.

Los puntos de inflexión en esta serie son los marcados por las elecciones presidenciales. En 1983, Raúl Alfonsín arrastra hacia arriba el promedio de la UCR, y lo mismo ocurrirá en 1997 con la primera gran elección nacional de la Alianza, y en 1999 con el triunfo de Fernando De la Rúa. El justicialismo eleva sus promedios en 1989 y 1995 con las dos victorias presidenciales de Carlos Menem. Creo que con todos los matices que quepa introducir en el análisis, ésta es la aritmética básica de la evolución electoral, y cualquier análisis realista debe asumir este dato como una premisa mayor para cualquier razonamiento. La Argentina es un país cuyo sistema de partidos no refleja con fidelidad los alineamientos de su cultura política real. Tenemos una cultura política plural, diversa, dinámica y cambiante, muy parecida a la europea, pero padecemos una dinámica electoral con fuertes tendencias hacia la polarización, lo cual cristaliza en cada elección con alineamientos que se articulan en función de dos ejes principales –la UCR y el PJ– sustentados por apoyos sociales relativamente estables. La presión desde abajo –desde la sociedad civil– es fuerte, pero el balance en términos electorales sigue siendo el que indican las cifras.

Desde esta perspectiva, la conclusión es clara: el peronismo –o más bien lo que queda de él– es una fuerza predominante, con una regularidad en sus apoyos electorales que se proyecta a través del tiempo y los avatares de su

historia de desgranamientos recientes. Aun así, se ve superado cada vez que la oposición se une. La clave está entonces en la capacidad o incapacidad de las fuerzas políticas no peronistas para articular ofertas conjuntas.

Con esto no quiero, por supuesto, trivializar el análisis. Detrás de cada proceso de articulación —como, por ejemplo, la Alianza entre 1997 y la actualidad— late el proceso político real, con toda su complejidad y riqueza. En la Argentina contemporánea, puede decirse que todavía se está muy lejos de una cristalización de la mayor parte de sus patrones de comportamiento electoral. La participación, la representación, los perfiles e identidades políticas son fenómenos en evolución constante. Diecisiete años de democracia ininterrumpida son en verdad demasiado pocos para establecer conclusiones definitivas.

Aun así, la crisis actual de la política requiere mayores profundizaciones en torno a uno de los ejes básicos del conflicto, padecido esta vez por la Alianza, pero que afectará a cualquier fuerza política con convocatoria y posibilidades de alternativa. Me refiero a la tensión no resuelta entre una idea de la política pensada y sentida como compromiso programático con principios, y una idea de la política vista como adaptación a condiciones adversas. Hasta cierto punto, este conflicto reproduce la dicotomía entre ética de las convicciones y ética de las responsabilidades. En la Argentina, esta tensión ya se expresó en diversas oportunidades. Para referirnos a la última etapa de transición, cabe recordar el conflicto generado en 1983 alrededor del juicio a las juntas militares y el posterior debate en torno a las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Más recientemente, la crisis se ha planteado entre, por un lado, la lógica de la legitimidad —expresada en los principios del Estado de Derecho— y la lógica de la emergencia económica, planteada por las políticas de emergencia económica.

Con todo, las cosas no son tan simples. Es evidente que la eficacia económica supone también una ética de las convicciones y la crítica a la ausencia de contenidos éticos de muchas políticas económicas, se hace a su vez desde una ética de la responsabilidad, consciente del inmenso costo de una economía desprovista de una vocación institucional y de una preocupación por los principios. Quienes pretenden situar las cosas de un modo antinómico, ignoran el costo social inmenso que se deriva de la imposibilidad de que las reformas económicas se consoliden, sin un esfuerzo paralelo de institucionalización, presidido por una ética del desarrollo.

Buena parte de la crisis de la Alianza se plantea a partir de la necesidad de algunos de sus actores fundamentales —el caso de Álvarez, sobre todo— de sustanciar, como una cuestión de previo y especial pronunciamiento, el debate acerca de los contenidos éticos de una política progresista. La propuesta abierta de un cambio ético y político de fondo tropieza inevitablemente con las responsabilidades que plantea toda *realpolitik*. No es un problema exclusivo del progresismo en la Argentina, y baste pa-

ra ello recordar los dilemas no resueltos del PSOE español en los ochenta y del Olivo italiano en los noventa. Lo cierto es que la Argentina es pródiga en líderes de protesta, y bastante menos prolífica a la hora de liderazgos capaces de adaptarse a los tonos grises de la política entendida como gestión concreta de gobierno, con todas sus limitaciones y ambigüedades. Asumir las responsabilidades de la gestión de la cosa pública implica abandonar el confort intelectual de la política, entendida como definición ética en el terreno de los principios. Y quienes han transitado este camino saben muy bien que es un sendero de muy difícil retorno. Una vez que el líder de la protesta acepta las condiciones del ejercicio del poder, quema sus naves y corta los puentes que podrían devolverlo luego a la posición originaria.

Pero para explicar el fondo de estas cuestiones hay que tener en cuenta el cambio cualitativo experimentado por la política argentina en los últimos tiempos, tanto en el nivel de la cultura política como, en general, en los diversos aspectos que hacen a lo que podríamos llamar el modo de producción de la política.

La cultura política argentina reproduce con tintes especialmente notables algunos procesos casi universales de cambio en los valores y las actitudes básicas hacia la política. Ante todo, destaca el proceso de desalineamiento político. En poco menos de veinte años, la Argentina ha visto diluirse sus alineamientos partidarios tradicionales, dando paso a una cultura política basada en el rasgo central de la independencia respecto de cualquier compromiso electoral de tipo permanente. De hecho, dos tercios de los argentinos no dudan en calificarse a sí mismos como políticamente independientes. Es decir, que aun quienes siguen votando el partido que siempre votaron, y posiblemente votarán en el futuro, lo hacen ahora desde una posición independiente. Se es independiente, incluso, con afinidad hacia algún partido o candidato, aun cuando cerca de un 40 % se declara independiente respecto de cualquier opción partidaria, porcentaje que debe ser sumado a algo más del 10 % que declara un desinterés absoluto por todo lo que tenga que ver con la política.

El grado de sinceridad que pueda revestir esta declaración de lealtad política puede ser cuestionable, pero lo cierto es que es un dato concreto y consistente que proporciona una base útil para el diagnóstico. Lo importante es que la política se define y se asume desde un punto de vista más externo que interno. Desde esta perspectiva, se opina, se prefiere, se vota y se decide todos los días. Y prefiere, y decide y opta desde esta posición de independencia.

Bajo estas condiciones, resulta lógico que el voto de preferencia prime así sobre el voto de pertenencia, sin que ello agote la variedad de formas que adopta la relación entre el ciudadano y la política. El voto es sólo una dimensión ocasional, para una cultura política caracterizada por un alto

nivel de exposición a los medios, un cierto escepticismo frente a las propuestas que se plantean desde los partidos y, sin embargo, una especial sensibilidad frente a los problemas cotidianos de la representación y la participación política.

La crisis argentina agrega condicionantes especiales que hacen de este talante independiente un soporte actitudinal a una escalada de cuestionamientos a la política, que tenderá a incrementarse en los próximos años. El argentino medio es hoy un ciudadano indignado con sentimientos negativos hacia la mayor parte de las condiciones socioculturales y socioeconómicas que la política le propone a ese ciudadano. Esta actitud reproduce, por una parte, tendencias casi universales, aunque, por otra, alcanza tonalidades específicas, con muy pocos precedentes en la política comparada. Una primera sensación, socialmente extendida, es la de que el sistema democrático, tal cual funciona hoy en concreto en la Argentina, está muy lejos de garantizar el cumplimiento de algunas de sus promesas básicas.

Insisto, sin embargo, en que se trata de una versión agravada de un fenómeno universal, no privativo de la Argentina. Por eso, debemos relativizar toda explicación endógena que pretenda establecer relaciones de causa efecto producidas en la política argentina por la inflación, por la inestabilidad, por la corrupción. Se trata de un fenómeno universal, con tendencias que tienen mucho que ver con la crisis del modo tradicional de producción de la política. Creo que la crisis de la política de partidos está íntimamente ligada a la decadencia del Estado Benefactor. No debemos olvidar que la "forma" partido, tal como la conocemos, data de fines del siglo XIX y sobre todo las primeras décadas del siglo XX, época de ascenso del Estado protector. Hacer política es, en ese contexto, igualar, proteger, expresar, representar. Sobre todo, distribuir. En la medida que deja de existir algo para distribuir, se plantea una fuerte crisis de identidad. Los cambios son, por ello, inevitables. Cambiarán los partidos, sus propuestas, sus plataformas y sus formas de relación con una sociedad civil cada vez más alerta y consciente de su protagonismo. Ya no hay nada ni volverá a haber nada que repartir. Ni aquí ni en Suecia ni en Inglaterra ni en ningún lugar. Y si hay bienes públicos que distribuir, no serán los partidos las instancias socialmente legitimadas para hacerlo.

Se trata de un cambio de época y los partidos están asumiendo el desafío de adaptación a circunstancias nuevas y desconocidas. La reacción de quienes demandan nuevas formas de participación y representación es, en realidad, reflejo de demandas más profundas. Se reclama, por ejemplo, una mayor personalización de las responsabilidades de la política y se postula por ello una mejor calidad de la representación. Eliminar las "listas sábana", garantizar que elijo a "mi diputado", "mi político". En realidad, se está demandando de ese actor, hasta ahora central en el escenario de la política —el dirigente partidario—, una adaptación a sacrificios; algo que ya

hemos hecho todos, adaptándonos a esta situación de cambios, ajustes, recortes, etc.

Insisto en estos factores de época porque me parece que son los que nos protegen de lo que llama Armando de Miguel, el sociólogo español, la histeresis de la coyuntura, es decir, la presión, por momentos insoportable, que ejerce la coyuntura. El día a día nos enloquece. La sociedad procura con histeria reaccionar ante lo desconocido, y se aferra por ello a las tablas salvacionales que aparecen en el naufragio. Se trata de fenómenos de época que debemos estudiar con atención.

Propongo por ello volver a una sana crítica, a una toma de distancia de la coyuntura. Lo que sucumbe ante nuestros ojos no es la política en sí misma, sino algunos paradigmas sostenidos tozudamente y contra toda evidencia por quienes gobiernan. Un ejemplo es la idea racionalista de la política, tan practicada por los científicos políticos de la *rational choice* o por algunos economistas. Independientemente del nivel de adhesión que las modas intelectuales suelen condicionar, siempre fue una visión disparatada del modo en que efectivamente funcionan las sociedades. Hoy en la Argentina podemos apreciar con toda crudeza los efectos sociales de políticas inspiradas en esa visión del hombre, sus necesidades, sus expectativas y sus acciones individuales y colectivas. La idea del individuo como un "preferidor racional", del votante como comprador en una especie de supermercado, no funciona en la Argentina ni en ningún lado. El votante no es un comprador que recorre el supermercado observando las opciones que le ofrecen las góndolas de productos. Creo que la analogía que mejor lo expresa es la del inversor. Toma decisiones inspirado por sus conocimientos, sentimientos, juicios y prejuicios; busca información útil, comparte con los demás sus incertidumbres y opta por alternativas que no siempre le convienen de un modo absoluto. Busca, más bien, preservar sus posiciones actuales, a la espera de oportunidades mejores.

El votante no vota con el bolsillo, vota con sus expectativas. Es decir, con sus imágenes del futuro. El éxito o fracaso de la prospectiva política depende de la capacidad de quienes logran comprender cabalmente el contexto en que está planteada una elección. Los contextos no son intemporales, van cambiando, la clave está en entender en qué tipo de contexto se va a dar la decisión de voto. Si es un contexto donde estamos hablando de premios y castigos, o es más bien un contexto donde estamos hablando de un voto estratégico, donde el inversor, el votante, está queriendo expresarse respecto al tipo de mercado en que quisiera operar. Hay épocas de voto táctico, hay épocas de voto estratégico y hay épocas de voto de principio, donde no hay mucho que perder y entonces se expresa este voto de principio, en el que no importan tanto los costos como la propia satisfacción íntima del votante con lo que cree de la política y de las opciones que se le plantean.

Por otra parte, hay electorados y electorados; no es lo mismo el electo-

rado de la ciudad de Buenos Aires, que es un electorado más bien faccioso, sectario, con una fuerte tendencia a las declaraciones de principio, que reincide una y otra vez en el doble discurso, a diferencia de otros electorados más atados a tradiciones políticas y liderazgos paternalistas. Un electorado hipermediatizado, más dependiente de estímulos de los medios de comunicación, reaccionará de modo muy diferente del de otros electorados más atados a tradiciones partidarias, donde siguen muy presentes lealtades personales básicas. En las provincias, la división social del trabajo y la estratificación social tradicional, tornan más difícil la emergencia de disonancias innovadoras del tipo de las que suele premiar con tanto entusiasmo el electorado de las grandes ciudades.

Por supuesto, la suma algebraica nacional, con sus más y sus menos, produce ciertas regularidades que relativizan este tipo de crítica. Pero lo importante es afirmar esta idea que propongo, que es la del votante como un inversor ante contextos de alta incertidumbre. Su voto tiene más de estratégico que de táctico. Y el tipo de inteligencia que se aplica a esa decisión tiene mucho más que ver con la inteligencia emocional que con la inteligencia especulativa de quien va a comprar en función de una medida automática, como puede ser la del precio. Creo que es más precisa la imagen de la inteligencia emocional de un inversor tratando de preferir ciertos contextos respecto a otros, y sobre todo, la dicotomía, más entre ética de las convicciones y ética de las responsabilidades, que entre ética y eficacia económica. Desde esta perspectiva, la lectura de las series evolutivas del voto nacional ofrece tantas reglas como excepciones, lo cual obliga a refinar el análisis, protegiéndonos contra las tentaciones de la simplificación.

Otro factor muy importante que tiene que ver con la opinión pública, es que en las sociedades contemporáneas, y en la Argentina de un modo muy notable por la velocidad que tienen estos cambios, ha surgido un nuevo espacio público autónomo respecto a la política, ciertamente politizado, aunque casi ajeno a la política de partidos. Este espacio está ocupado por los medios de comunicación, por los formadores de opinión, los analistas de coyuntura económica, los encuestadores, el periodismo, las columnas y editoriales de la prensa gráfica, los presentadores de la televisión y, en general, todos aquellos cuya opinión cuenta de una u otra manera. Es en este espacio donde se definen las agendas, se producen los procesos de mediación social y se establecen los premios y castigos desde el punto de vista de la legitimación social.

Los partidos políticos no tienen ninguna chance de operar en ese espacio. Por lo general, los políticos convencionales tienen muy poco que decir y su acceso se produce casi exclusivamente en circunstancias electorales o a través del esfuerzo arduo de las campañas de prensa y publicidad. La política depende mucho de esta crisis del espacio público y de su marginación relativa en términos de visibilidad y legitimación efectiva. Los medios tien-

den a monopolizar este espacio. ¿Este proceso es bueno o es malo? Esto, por de pronto, es. Se trata de un proceso social efectivo. No se trata de que los medios operen como intrusos, expropiando a la ciudadanía de sus legítimos actores y representantes. Más bien ocupan un terreno vacío tras la retirada de la política. Lo que ocurre es que ha cambiado el modo de producción de la política, el modo de producción de la información. El modo de ser en el mundo del ciudadano y de definir la ciudadanía, que ya no es ni la ciudadanía política ni la ciudadanía social, es otra ciudadanía nueva que estamos tratando de definir y cuyas claves constitutivas estamos tratando todavía de desentrañar.

Si esto es así, el problema central de la democracia es el de la defensa frente al doble peligro del cinismo y el moralismo político, dos extremos desgraciadamente muy frecuentes como estrategias defensivas de la política tradicional.

El cinismo está presente en el “roban pero hacen cosas”, el “confío plenamente en la justicia” o argumentaciones diversas tendientes a relativizar la indignación colectiva ante el vaciamiento de significación de la competencia política. El moralismo es, sin embargo, un riesgo menos conocido y, por ello, mayor. Un buen ejemplo, es el debate de aquel viernes fatídico para la Alianza en que Carlos “Chacho” Álvarez renunció a la vicepresidencia. De la Rúa dice entonces algo así como “represento o garantizo la integridad moral de la Nación”. Álvarez desarrolla a su vez un discurso del mismo estilo, apelando a la ética de las convicciones y a su imposibilidad de seguir soportando la violencia moral de permanecer en el gobierno. Ese discurso moralista es la reacción de los partidos frente al cinismo político, procurando de alguna manera sacudir la conciencia colectiva, zamarrear a la ciudadanía, advirtiendo de muy buena fe acerca de la proximidad y el peligro de los abismos del cinismo político.

Pues bien, creo que ese moralismo político es un riesgo muy serio para la calidad de la democracia. Basta advertir las consecuencias sociales y hasta el costo inmenso para los herederos de esa pretensión de redención moral. Debemos recordar que la gran tradición del pensamiento occidental, desde los griegos y los moralistas cristianos hasta el pensamiento moderno, los teóricos de la democracia y el humanismo kantiano, el bien común o el interés general es el conjunto de condiciones que hace posible que los agentes morales —es decir, todos los ciudadanos— puedan actuar éticamente. La misión de los políticos no es decirnos lo que está bien y lo que está mal, puesto que tienen el mismo derecho que tenemos nosotros a decirnos entre nosotros lo que está bien y lo que está mal: los políticos son gente igual que nosotros, sin ninguna preeminencia moral ni ventaja en sus conocimientos y formación moral, como para decirnos dónde está la frontera entre el bien y el mal. Diría que más bien al contrario: su formación y su entrenamiento específico, el tipo de tareas que se ven forzados a desa-

rollar, las artes que tienen que dominar, más bien conspiran contra esa superioridad moral. Si además de tener que votar y comprender las evoluciones ideológicas de los dirigentes políticos, tenemos que creer en sus ideas acerca de lo que está bien y lo que está mal, acatar sus ejemplos de vida y acatar sus dictámenes morales, habremos caído en una dictadura inadmisibles. Creo que hoy en la Argentina, con una democracia consolidada, podemos y debemos medir a los políticos por su eficacia en el cumplimiento del mandato que les hemos dado. Es decir, por su capacidad para construir, defender y garantizar las condiciones que nos permitan actuar como agentes morales.

El deber de los políticos es garantizar el bien común, el interés general o, si prefieren, la calidad de la vida democrática. En naufragio, lo primero que naufraga es la ética, la solidaridad, la igualdad y la libertad. La misión del político es crear las condiciones para evitar el naufragio social. Esto es, preservar las condiciones para que los agentes éticos podamos perfeccionar nuestras propias opciones de vida, tomar las decisiones éticas que combinen la realización de nuestro propio bien individual con el bien común. Ése es su deber primario. Aquel para el cual los hemos votado. Creo peligroso para todos –y letal para ellos mismos– pretender rehuir ese deber primario y convencernos de que la pretendida preservación de su integridad ética personal es más importante que el mandato que les hemos conferido.

Me parece que en la política argentina, este exceso de moralismo, que es una reacción defensiva, casi instintiva, frente al cinismo político, termina primero que todo con quienes esgrimen esta defensa. ¿Dónde está hoy el progresismo? ¿Dónde está hoy Álvarez? ¿Dónde están Storani, Fernández Meijide, Terragno? ¿Dónde están todas y cada una de las figuras políticas que se alumbraron en la renovación política de fines de los años noventa? Dudo que sus renunciamientos hayan mejorado la calidad de nuestra vida democrática. Los perjuicios para el conjunto son indudables, pero quiero subrayar el inmenso costo que ellos mismos han sufrido. Han quedado en un andarivel secundario, circulan a otra velocidad, desgraciadamente mucho más lenta, que la del resto de la sociedad. Es posible, que con muchas posibilidades potenciales, porque todos ellos tienen ciertamente a salvo su integridad moral, su coherencia personal y la posibilidad de brindar algún día su aporte a la política. Pero convengamos que en el andarivel competitivo de las posibilidades de la política, falta un buen tiempo para su recuperación. El ejemplo de Alfonsín nos muestra cuánto tiempo se puede estar en ese andarivel.

De todas maneras, hoy, la política argentina se devora a sí misma. Se defiende de un modo torpe, desmañado, sin saber muy bien quién es el enemigo y sin tener en cuenta el conjunto de las cosas que están pasando. El resultado previsible es una gran frustración colectiva.

LUIS ALBERTO QUEVEDO

Voy a hacer una intervención tratando de no repetir algunos de los elementos que se han planteado, y voy a estar un poco más cerca del espíritu de lo que plantearon Rosendo (Fraga) y Gerardo (Adrogué). Enrique (Zuleta Puceiro): yo creo que, a pesar de la crítica que vos le hacés a la política, al sistema político y a los políticos, detrás de esto hay una versión tal vez un poco más pesimista en cuanto a la clase política y los políticos, pero más optimista respecto a las posibilidades de todo esto. Partiendo del clima actual de la opinión pública y de los desafíos que se están planteando en la política argentina, percibo acerca de lo que pasa hoy en la opinión pública y en la política, y de las demandas de la política, algo cercano a lo que decía Rosendo. Entiendo que estamos viviendo una etapa muy particular y muy confusa del escenario democrático argentino post 1983, tal vez uno de los más complejos para analizar, con relación a cómo está estructurado el campo de la política y, sobre todo, a cómo se posiciona hoy la opinión pública frente a esto, lo que significa hablar de cómo se posiciona la ciudadanía.

Recién Gerardo hacía un listado de las motivaciones del voto, lo que puede ser visto, desde otro punto de vista, como un listado de lo que han sido los estructurantes del campo de la política, el tema de las identidades políticas; nadie duda de que estamos en crisis frente a ese modelo rígido. Si bien la Argentina comparte muchos de los diagnósticos que vamos a hacer esta noche con fenómenos más globales, no en todos los países esto es así. Si miramos la situación de nuestros dos vecinos chicos, Uruguay y Chile, el sistema de identidades políticas tiene otro peso que el que tiene en la Argentina. Me parece que también tenemos una especificidad en ese punto: la crisis de lo que han sido los valores políticos estructurantes del siglo XX en la Argentina. Estoy de acuerdo con Enrique, y quiero subrayar esto porque me parece que es muy importante, en el tema de la crisis del Estado de Bienestar y cómo nuestros grandes partidos políticos del siglo XX han estado atados a lo que ha sido el modelo de gestión estatal de ese tipo de Estado. No vamos a discutirlo hoy pero creo que es bueno dejarlo planteado. Creo que también hay una crisis de lo que es otro estructurante de la política, el clientelismo político. Aunque tengamos menos Estado de Bienestar, el mapa político argentino tiene especificidades regionales y muy puntuales, donde el clientelismo político sigue funcionando muchísimo, pese a que está en crisis, en lo cual todos estamos de acuerdo y lo subrayamos. Creo que estamos frente a ciudadanos muy desconfiados, que tienen una enorme capacidad de retirarse de los escenarios que constituyen, de cambiar de posiciones y de enfrentar aquello mismo que construyeron. Esto es así, en muchos escenarios de la política nacional y local también. Y que estamos también asistiendo a una crisis de algunas ecuaciones lineales.

Esto que hizo Rosendo me parece muy significativo. Si uno juega con la idea de la eficacia y la ética, en un momento se le desarticula el esquema. Y efectivamente, yo creo que estamos en un punto difícil, y me parece que es porque De la Rúa, a la cabeza del escenario de 1999, sumó mucho respecto de lo que era el posmenemismo, incluso diría yo el posperonismo, no porque Menem resumiera todo el peronismo, sino porque el peronismo había estado muy encolumnado detrás de él. De la Rúa tuvo detrás de sí las ideas de eficacia, de ética, de que había una posibilidad de hacerse cargo de la cuestión social, de la que no se había hecho cargo en los últimos años Menem, y que, además, era posible crecer. Creo que hubo un voto de mucha confianza en lo que fue el fenómeno de la Alianza en 1999 y, sin embargo, esto se quebró muy rápidamente. Quiero señalar nada más tres hechos que han modificado y han desestructurado el panorama de la opinión pública y del escenario político de la Argentina y que, me parece, son ingredientes que habría que analizar puntualmente, ya que muestran por qué hoy vivimos esta fragmentación política en la Argentina, esta dificultad para encontrar ejes claros en la política.

El primero, sin ningún lugar a dudas, es el que abre la crisis: la renuncia de Álvarez. Yo no estuve presente en las exposiciones de él, pero leí la desgrabación y me sorprende bastante lo que dijo: que le cuesta saber si es un político que se ha retirado del escenario, si es un analista político o si es un sociólogo. Está un poco entre profesor universitario, ex vicepresidente, conductor de un bloque; está en una posición difícil. Sin embargo, creo que todavía no hemos analizado mucho (y éste sería un tema para debatir) qué ha dejado como residuo en la cultura política argentina la renuncia del vicepresidente de la Nación. No es un vicepresidente cualquiera, no es Gómez, sino que es un personaje que fue articulador del escenario político argentino en los últimos diez años, desde que rompe con el bloque menemista de diputados y empieza a construir otro escenario de la política. Álvarez, a pesar de haber perdido las elecciones junto a Bordón, a pesar de que no fue el que disputó desde el Frepaso en la Alianza la candidatura con De la Rúa, fue sin duda la figura de los noventa, una de las figuras centrales en el panorama político de los noventa. Su retiro no es el retiro de un personaje cualquiera de la política, no es lo mismo que si mañana Bauzá decide retirarse de la política, sino que es otra cosa.

La segunda cuestión que precipitó todo esto es la disolución de la coalición aliancista que había encarnado toda la alternativa en la Argentina, la cual efectivamente se unió para ganarle al peronismo, a Menem. Todos estamos de acuerdo en que fue una coalición electoral, pero resumió buena parte de las expectativas de la política argentina a futuro. El quiebre de esta alianza empieza con lo de Álvarez pero tiene otros episodios, como la crisis propia del Frepaso, la disolución de la figura de Fernández Meijide, que en 1997 tuvo su punto de clímax y que dos años después se disolvió.

Dicho quiebre se alcanza en el 2000, y la Alianza no es hoy un referente de la escena política argentina. Desaparece Fernández Meijide, por muerte natural o muerte política; desaparece también Álvarez, por renuncia o por retiro, y en este caso, todavía estamos esperando que nos explique bien por qué se fue. Y se comienza a formar otra coalición, que todavía no sabemos bien de qué se trata, alrededor de Carrió, que se presenta con la idea de la “república de iguales”, algo que también remite al “cualunquismo” al que vos hiciste referencia, Gerardo, respecto de los medios y de la opinión pública, este movimiento del “hombre común”. Lo que arma Elisa Carrió tiene algo de esto. Creo que la parábola se cierra en el momento en que ingresa Cavallo al gobierno de De la Rúa; ahí se terminó todo 1999. En un año y medio, se desarticuló lo que fue el mapa político, el territorio que se construyó en 1999. Y esto trae las consecuencias políticas que estamos viviendo hoy, donde el Presidente de la Nación no sólo ha dejado de ser el máximo referente político de su propio gobierno (y entiendo que esto hoy está muy claro), sino que nombró a un ministro de Economía que a su vez es primer ministro. Además, el nombramiento de Cavallo cambió todo el escenario de las coaliciones, del futuro de la política, y provocó que él dejara de ser un referente de su propio partido y de su propia coalición política. Hoy se va a disputar en la provincia de Buenos Aires la interna de la UCR, y seguramente los candidatos de los dos bloques que se presentan (que van a resumir el 99% de los votos) son anti De la Rúa; es más, se reafirman en eso. De la Rúa no tiene candidato en el distrito Capital y tampoco en muchos de los distritos de las provincias. La desarticulación de ese mapa político de 1999, me parece, es la que trae estas dificultades de pensar en cómo se va a recomponer este mapa electoral. Y es en ese punto donde yo me coloco más en el escepticismo.

El tercer ingrediente que mencionaba, y que contribuye a la fragmentación política, es la crisis particular que vive el peronismo a partir de la prisión de Menem. Todos sabemos que el tema del posmenemismo para el peronismo no se agotaba con la asunción de De la Rúa. Ahí comenzaba otra lucha interna para dirimir cuál era la posición de Menem y la de los otros, que se comenzó a perfilar rápidamente: los tres gobernadores, Ruckauf, De la Sota y Reutemann, iban a tener que derrotar políticamente a Menem en el terreno donde se derrota, en el PJ; y además, tendrían que tener una propuesta. La prisión de Menem enrarece todo este panorama; ahora Menem está hablando de Menem 2003, lo que a uno le puede producir cierta gracia, pero es cierto que enrarece la política interna del Partido Justicialista. Ahí todavía hay algo que no se ha terminado de dirimir y que enturbia más este panorama.

Mi impresión actual es que vivimos una crisis de lo que es el sistema de expectativas en nuestra cultura política y en la opinión pública. Yo creo que no es sólo que estamos ante otro escenario, sino que estamos ante una

situación en la que cuesta pensar cómo se va a reordenar ese escenario, respecto de cómo lo van a poder procesar y cómo van a hacer proyecciones a futuro los ciudadanos. A mí (te confieso, Enrique) no me gusta mucho la idea de “ciudadano inversor”, o “votante inversor”, pero no importa, tomo tu metáfora y digo: el “votante inversor” está ante una góndola muy desorganizada, no sabe qué productos hay, no sabe cuáles son las ofertas, sabe muy poco de los productos.

Es muy interesante la forma en que lo planteó Gerardo: él dice que hay un 89 % de personas que contestan que desconfían de los partidos políticos, pero sin embargo es muy claro que no desconfían de las instituciones de la democracia, del rol que tienen que desempeñar los partidos. Yo creo que hay una demanda, una necesidad de credibilidad política insatisfecha. Se necesita recomponer ese mapa, pero es muy difícil vislumbrar hoy cómo se va a recomponer la credibilidad, cómo se va a refundar, cuando hay una ciudadanía que en realidad no está demandando golpes de Estado ni está demandando un Chávez. No cierro ninguna puerta respecto al futuro de la política, porque creo que todos los que nos metemos a analizar política sabemos que no hay que cerrar nunca nada. Pero me parece que hoy hay una ciudadanía desorientada, muy golpeada en su sistema de expectativas y a la que le cuesta recomponer la credibilidad, ante una crisis de los partidos políticos, una crisis de lo que han sido las últimas coaliciones electorales y también una crisis (y yo coloco ahí el tema de Elisa Carrió) de las novedades en política. También creo que Elisa Carrió está encarnando lo que fue buena parte del discurso que tuvo el Frepaso, y que tuvieron sobre todo Álvarez y Fernández Meijide en los noventa; estamos de acuerdo en que eso es así. Sin embargo, fíjense ustedes que es bastante poco verosímil que Elisa Carrió pueda construir algo sin dar cuenta de ese pasado, sin procesarlo. Uno supone que lo que hace el “votante inversor” es sacar ahora a Álvarez y Graciela Fernández Meijide, que ya no están, y ver a Carrió y depositar las mismas expectativas. Yo creo que en la credibilidad pública, en la opinión pública, en los ciudadanos de principios del siglo XXI, hay también una experiencia política que pesa mucho, y que vuelve todavía más lábil este sistema de votos y de decisiones muy puntuales, y de negociaciones muy coyunturales, y la posibilidad de ver cómo recomponemos para este electorado lo que fueron las promesas incumplidas de la Alianza. No creo que sea tan fácil recomponer este escenario.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta de Horacio Fazio: No es mi costumbre, pero en este caso me voy a permitir una excepción. Quisiera hacer una pregunta que pueda servir de comentario a alguno de los expositores, ya que el tema lo hemos tra-

tado en más de una oportunidad acá, y tiene mucho que ver con las exposiciones que hemos atendido. ¿Sería muy riesgoso pensar que en las próximas elecciones la suma de los votos impugnados y en blanco más las abstenciones, en todos los casos por encima del promedio histórico, puedan llegar a constituir en un distrito como la Capital Federal la primera minoría?

Respuesta de Rosendo Fraga: Vamos por partes. El número de no concurrentes a votar en el padrón es un número que está inflado. En la última elección que tuvimos en la Capital, la elección de jefe de Gobierno, en mayo del año pasado, votó algo así como el 75 %. Eso quiere decir que uno de cada cuatro argentinos no fue a votar. No es así. Hay un problema de desactualización de padrones. Aparecen como no votantes, gente que no vota porque falleció. Segundo, hay quienes no votan porque no están, porque han viajado, con lo cual mi cálculo aproximado es que la gente que realmente no va a votar porque no cree en el sistema, porque no le interesa, no pasa del 10 %. Hay que tomar en cuenta esto, porque si no se infla demasiado este tema. De cualquier manera, tengo que admitir que lo mío es una hipótesis, el no concurrente activo es la mitad, porque si no se infla mucho el número. Voto en blanco. Yo creo que el voto en blanco podrá crecer un punto, un punto y medio, pero no más. Si fue tres, 3,5 % será 5 %, pero no vamos a tener un voto en blanco masivo. Yo te diría que el voto en blanco podrá ser 5 %, el no concurrente activo podrá ser 10 % y entonces podemos tener un 15 % de gente que dice no voy a votar o voto en blanco, porque realmente no me interesa. Yo no creo que pase de eso efectivamente. El tema de primera minoría depende de cómo se compongan los votos, porque la Alianza va por un lado, Acción por la República va por otro lado y el peronismo por otro lado. Es posible que nadie llegue al 30 % de los votos. Si nadie llega al 30 % de los votos, alguien me puede hacer la cuenta, 25 % de abstención, 5 % de voto en blanco, 2 % de impugnados, 32 %; la primera fuerza fueron los cuestionadores del sistema. Es un poco arbitrario porque el número de abstenciones es un número que no es real, es un número sobre un padrón que todos sabemos que está desactualizado. Ahora el golpe mediático, si el primero sacó 31 % porque Carrió se salió fuera de la Alianza, lo pueden dar.

Respuesta de Gerardo Adrogué: Recuerdo ahora algunos trabajos de Artemio López encaminados a decir que efectivamente el voto en blanco y el abstencionismo ha crecido, lo cual es cierto en términos absolutos; creció, pero muy poco. En realidad, lo que estoy diciendo, Rosendo, es que estoy de acuerdo contigo; es más, cuando uno hace la pregunta sobre intención de voto en las encuestas, se encuentra obstinadamente con el 10 % de gente que dice que no va a votar. Me parece que hay otro argumento paralelo entre quienes están siempre esperando el incremento del voto en

blanco. En realidad hubo un solo incremento dramático en la provincia de Santa Fe, en las elecciones que ganó Obeid, que llegó casi al 12 % el voto en blanco. En todos los demás en todos estos años, nunca creció dramáticamente. La idea que está detrás de eso es que los partidos políticos están en crisis, la crisis de representación, los ciudadanos no van a encontrar en los políticos que se presentan canales adecuados, entonces van a reaccionar de alguna manera. Como el voto es obligatorio, lo que van a hacer es votar en blanco o impugnar. En la práctica esto no es así.

Comentario: Sobre la supuesta independencia del ciudadano argentino.

Respuesta de Enrique Zuleta Puceiro: En esa crítica hay una mezcla de cosas. Cuando hablé de la independencia de los ciudadanos, yo dije respecto de cualquier compromiso partidario permanente. El 75 %, el 80 %, se perciben a sí mismos y pretenden actuar con independencia de cualquier compromiso partidario permanente. Nosotros podemos decir qué lástima que aquel tiempo terminó, pero lo cierto es que se ha creado un espacio público, político, no partidario, donde se generan las agendas, se substancian los debates. Ese espacio estaba monopolizado por los partidos políticos. Los partidos no han desaparecido. Están y estarán siempre si se adaptan. Lo que han perdido y para siempre, es el monopolio de esa formulación de las agendas, de esa generación de las alternativas, porque la política cobra sentido a partir de múltiples formas, está compartida, hay muchas fuentes, no sólo los partidos políticos. Y eso no es un hecho que nos guste o no nos guste, ni que yo me sienta contento ni no contento, es un hecho que ocurre, porque hoy hay generación de sentido en la sociedad contemporánea desde múltiples fuentes. En este sentido, los partidos políticos cumplieron con su empresa histórica, que fue crear la democracia. Porque cuando empezaron los partidos políticos tal cual los conocemos, siempre hubo partidos, pero partido en el sentido actual fue a principios del siglo XX, antes eran facciones, grupos, tiene que ver con un proceso paralelo al del Estado de Bienestar o del Estado providencia o el Estado social y de distribución, en el sentido no de bienes sociales. Los bienes sociales siempre se distribuirán y el poder estará precisamente en distribuir para aquí o para allá. Yo dije distribución en el sentido clientelar de la política, es decir, aquí hay bolsas de comida, aquí hay chapas, esa distribución, la distribución del Estado social, no la distribución de los bienes públicos, que siempre están siendo acosados y manoteados por los poderes y ahí está la guerra del poder. A mí me parece que el partido político era un conjunto de individuos que se juntaban, que compartían ciertos principios, cierta base de acción política, que escribían para expresar esos principios. Se juntaban, nos juntábamos, íbamos al juez, nos inscribíamos, nos daban la ficha, salíamos afiliados. Los individuos se incorporaban al partido en

una especie de acto bautismal. Se incorporaban en esa fe y en esos principios. En cada elección, plataforma, que era la traducción de esos principios a la coyuntura. Hoy, los que tienen principios, base de acción política y plataforma son los ciudadanos. Los que no siempre tienen principios ni base de acción política ni plataforma son los dirigentes políticos. Eso no hace que la política sea peor, de ninguna manera; la política es distinta. Eso es lo que hace que los partidos se deban adaptar, si quieren persistir. Porque las tradiciones políticas son importantísimas. Aunque la gente no tenga un sentido de lealtad, de compromiso partidario, sin embargo, reconoce las tradiciones políticas y castiga ferozmente el cinismo político y el oportunismo político. Es muy lindo cuando el político aparece diciendo lo que nos gusta, pero el esquema de premios y castigos frente a eso, la vigilancia, las luces de alerta que se le prenden al ciudadano frente a ese político oportunista, son tremendas. Si uno mira la trayectoria de los ochenta hasta ahora de los políticos vivos para esa jugarreta, fíjense cómo han quedado ferozmente castigados; no hay ninguno que haya podido sobrevivir. Porque están escrutados. Creo que éste es un cambio. Hay otras formas, otros espacios de generación del sentido de la política. El problema es cómo hacen los partidos para recuperar su función, que es la de articular la demanda, la de intermediar, la de generar alternativas en este escenario. Ese grupo de diputados que uno ve en la televisión discutiendo cómo va a ser la traza de una autopista, eso nunca más. Porque van a decir que hay gente que sabe cómo se traza una autopista, o si el Aeroparque debe o no continuar en sentido sur o hacia el norte. Ese político que pretende, vamos a decir así, monopolizar la discusión pública, terminó porque cumplió la política de partidos con su misión, que era generar la democracia. La democracia está instalada, está compartida, y allí ha cumplido esa función histórica. Como la función es lo que hace al órgano, cambia la función, va a cambiar el órgano, nos guste o no nos guste. A algunos les gustará todavía aquella política apasionada por la cual valía la pena morir. Pero esa política terminó porque tenemos la democracia, que es superior a aquella fase heroica en la cual los partidos tenían que construir la democracia contra el autoritarismo, contra la dictadura, contra el dogmatismo. Esta sociedad está mucho más vigilante, mucho más alerta, y les pide a los partidos políticos otro tipo de cosas, distintas, ni mejores ni peores, distintas. Hace falta entonces entender ese proceso. Ahora acá no hay ningún pesimismo ni ningún conformismo ni ningún posibilismo. Todo lo contrario. Pesimismo y posibilismo es caer en la idea de que todo pasado fue mejor. El pasado está terminado. Lo único que nosotros podemos manejar es el futuro. Con futuro podemos construir. Si nos organizamos, podemos cambiar el futuro. El pasado no lo vamos a cambiar, lo vamos a reinterpretar, pero no tenemos nada que hacer con el pasado, está fuera totalmente de nuestra acción. El futuro es todo nuestro.

Comentario: A partir de lo que acaba de decir Zuleta, yo considero que la democracia no es un ente abstracto como un elemento que viene y su planta a un partido político. Si es ésta la democracia, me parece que es un mal producto. La función de un partido político debe seguir vigente en tanto y en cuanto desde la definición de arte o ciencia, el partido político es aquel que se inserta en una conflictiva de intereses. De acuerdo con su plataforma, si es que la tiene. También acá tendríamos que tratar la cuestión de si vale la pena tener plataforma. Chacho, de alguna manera, relativizó la cuestión de si convenía tener una plataforma o no. Después uno ve cuál es el resultado. Esto que decía respecto de si Carrió va a ser una nueva representación de un fenómeno ya conocido como fue el surgimiento de Chacho o de Graciela como fenómeno exclusivamente mediático. Si esa representación tiene que ver en línea directa con lo que es el sistema institucional del país. Un sistema fuertemente presidencialista, fuertemente impregnado por los populismos, donde pareciera ser que en el imaginario social hay que votar un nombre o una persona de acuerdo con sus características o liderazgo, y que va a cambiar abruptamente la realidad. Se desconoce, como acá también dijo el señor, al llegar al poder que hay un sistema o un modelo que parece ser que no tiene posibilidades de cambiarse. Se quiere llegar al poder para algo que no se puede cambiar. Parece que entramos en un terreno de contradicciones que tiene que ver con cómo los liderazgos personales sustituyen a los liderazgos institucionales, cómo no se tiene idea concreta de cuáles son los conflictos e intereses que se están jugando para las mayorías sociales y cuál sería el vehículo pertinente, si corresponde, más allá de la ideología, tener una plataforma y un partido político que no se mueva del cumplimiento de esa plataforma.

Respuesta de Rosendo Fraga: El problema universal que hoy tenemos es la crisis del Estado como centro del poder. Tema que afecta a Clinton, Blair, Aznar. Entre la política y el Estado hay una íntima relación. Se hace política para llegar al Estado y, una vez en él, cambiar las cosas. Lo que creo que está afectando la política es que el instrumento con el cual se cambiaban las cosas universalmente se ha debilitado. Clinton o Bush tienen mucho menos poder que Roosevelt. En el momento en que él estaba en el poder, en la Argentina gobernaba el general Justo. Ambos tenían ideologías diferentes, uno era demócrata y el otro conservador, pero el Estado tenía poder. Justo creó el Banco Central, las juntas reguladoras y construyó el poder. El debilitamiento del Estado tiene mucho que ver con lo que le está pasando a la política, porque su razón es llegar al poder y desde allí cambiar las cosas en función del bien común. Otro problema es la mediatización de la política. En todas las elecciones tenemos candidatos que dicen cosas diferentes a las que expresan la Alianza y el peronismo o el radicalismo y el peronismo. La Izquierda Unida, el PO y otros candida-

tos tienen propuestas diferentes a la del consenso político. Sin embargo, a esos candidatos que tienen discursos no convencionales, el tema de la mediatización de la política les ha complicado mucho la vida, porque en otra época, cuando la política no se mediatizaba, todos iban a la plaza con su banquito y se ponían a decir el discurso. Es decir, competían con menos desventaja. Hoy, la mediatización de la política lleva a otro problema: los recursos económicos. La crisis del Estado como centro de poder, como centro de decisión, inevitablemente debilita el papel de la política, y el rol de los medios, el gran teatro de operaciones de la política, es en donde se termina jugando a favor de la polarización de la política y no de la diversificación de la política. Esto establece un tremendo problema que es el de los recursos para la política, que deben ser infinitamente más altos que en los años treinta o cincuenta, donde cada uno iba con su banquito a la plaza. Había diferencias, pero eran mucho más fáciles de acortar. Esto tiene que ver un poco con lo que decía Enrique, que es la desideologización, otro fenómeno que tiene un fuerte impacto en la política. Es un fenómeno universal; la ideología ha sido el motor de la política a lo largo del siglo XX. Era la izquierda o la derecha la que motivaba la acción política, y era además su razón de ser. Hoy, ese motor para la acción política está en crisis. El Estado como instrumento de poder para cambiar las cosas se ha reducido, los medios se han transformado en el teatro de operaciones de la política y la ideología ha dejado de ser su motor. Todo esto nos lleva a realizar necesariamente un replanteo muy profundo, y coincido con Enrique en que es un problema universal. Otro factor que está afectando mucho la política es el divorcio entre el intelectual y la política, lo que lo debilita mucho ante la gente. Históricamente, el intelectual y el político eran el mismo. A ninguno le preparaban las ideas, le escribían los discursos. Los Churchill, los Roosevelt eran intelectuales y políticos a la vez. Hoy, se ha producido un divorcio entre ellos. El político se ha transformado en una suerte de comunicador. Otros escriben, otros elaboran y preparan lo que ellos dicen, y esto en alguna medida se percibe. No solamente hay políticos que publican libros con su firma que escribieron otros, sino que hay algunos que publican libros que nunca escribieron ni leyeron. Hoy vemos un político e inmediatamente pensamos ¿quién es el ideólogo? Hemos separado la generación de la idea. Éstos son nuevos fenómenos que afectan a la política universalmente, son choques y desafíos muy fuertes sobre ella y sobre todo para los partidos como organización. Yo coincido con Enrique en este punto; la crisis de la política es un fenómeno universal. En los años setenta, el 75 % de los estudiantes universitarios norteamericanos se sentían involucrados en la política, hoy sólo el 15 %.

Comentario: ¿Ustedes realmente creen que esto es una democracia, fuera del hecho de poder ir un día y meter un votito? En todos los demás ac-

tos, yo no veo que al ciudadano se lo escuche. Son solamente grandes corporaciones financieras, económicas, políticas, profesionales, pero yo realmente no veo una democracia. Tendríamos que tratar de empujar para modificar esto. Para alguna gente es espantoso, no ve ya, no digamos el futuro, no ve el momento. Yo no sé si podemos conformarnos con esto realmente. Coincido con este divorcio que usted menciona del intelectual y el político. La clase política, ni siquiera diría pobre, en general, es mísera, fuera del algunas figuras aisladas que tratan, como trató equivocadamente Chacho, no se para qué se metió en eso, porque realmente tendría que haber sabido antes que no iba a poder hacer nada.

Respuesta de Enrique Zuleta Puceiro: Quiero aclarar un aspecto, yo no considero que la clase política sea mísera. Pienso que de todos los sectores sociales de la Argentina es el más dinámico, donde hay mayor movimiento y renovación. Porque si miramos los empresarios, los curas, la vida universitaria, los sindicatos, adonde miremos, vamos a ver parálisis. En la política no ocurre eso, hay renovación, hay dinámica, hay cambio. Está evolucionando muy aceleradamente en lugares donde no son tan visibles. Por ejemplo, en el ámbito local, en todo el país, se están produciendo cambios fabulosos. Encontramos que hay intendentes exitosos o intendentes presos o prófugos, pero no hay intendentes mediocres que sobrevivan apoyados por coaliciones partidarias. Los vecinos controlan muchísimo la política. El nivel de participación, el nivel de conocimiento y el nivel de involucramiento va en aumento. Mejora la política provincial. Aun en casos como el de Salta, la gente se resiste a imputarle al gobernador responsabilidades y arremete contra la situación general, contra el modelo. No hay hoy gobernadores seriamente cuestionados por sus sociedades, incluso los sátrapas de ciertas provincias que están ahí desde hace cincuenta años, siguen porque la gente los vota, los acompaña; si uno mira las gestiones de ellos no son catastróficas. Los que estamos en la política, no soy un dirigente político, pero soy un profesional que trabaja en el campo de la política, podemos dar montones de ejemplos de la renovación, el dinamismo y las posibilidades de cambio que hay en la política. No las veo en el empresario, no las veo en los sindicatos, no las veo en las iglesias. Ni siquiera en la universidad, donde la cosa está absolutamente en retroceso. El intelectual, tal vez sea una creación moderna. El intelectual está ligado a la Revolución Francesa, a las luces; ese papel del intelectual liderando, definiendo horizontes de posibilidades, escenarios de desarrollo de la sociedad. Tal vez con la crisis de la racionalidad moderna veamos una crisis del intelectual. Hoy hay periodistas o comunicadores sociales que cumplen aquella función del intelectual: instalar los temas. La ideología cae, en cuanto a concepción general sistemática de cómo debe ser el mundo, pero no cae en cuanto a sentimiento. En la ideología hay un aspecto emocional que está

presente. La gente sigue muriendo por la ideología, no en la Argentina, pero en muchísimos lugares del mundo, el aspecto emocional de la ideología está presente. Lo que se ha perdido, tal vez, es ese cuadro abarcativo donde alguien receta universalmente. Eso parecería estar en crisis, porque el mundo es complejo, porque es diverso, porque hay muchas fuentes de racionalidad. El Estado desde Weber, el Estado hegeliano que civiliza, educa, cura, limpia; ese Estado, agente racionalizador; hoy la sociedad dice tenemos que racionalizar el Estado. El Estado es lo irracional que tenemos que racionalizar. Uso el lenguaje común, por supuesto. Porque la racionalidad habita en muchas zonas de la sociedad. Y legítimamente desde esas zonas se hacen argumentos, demandas, requerimientos y presiones sobre lo público, que están absolutamente justificadas, que son políticas, aunque no tengan las características que tenían antes. Lo que tengo que encontrarle es hacer de la necesidad una virtud, buscarle lo que es la clave de la política, el bien común, el conjunto de condiciones materiales y espirituales que nos permiten a los ciudadanos desarrollarnos y realizarnos en la vida social. Los políticos tienen que hacer el bien común, y el tipo que me dice no puedo tolerar por mis convicciones esta situación, bueno, ese señor no está cumpliendo con su deber de político. Su misión es trabajar para que haya condiciones para que todos podamos ser agentes morales que tomamos decisiones. La misión de él es el bien común, que es prosaica, que es gris, que no tiene la heroicidad que tuvo en otras épocas de construcción democrática.

Comentario de Luis Alberto Quevedo: Voy a hacer una observación muy breve con relación a lo que decía Rosendo. Yo creo que efectivamente hay una relación entre intelectual y político (y no los coloco como dos cosas distintas) diferente de lo que fue el político de fines del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, al político de fin del siglo XX. Sumado a lo que ustedes dos expusieron, creo que esto tiene mucho que ver con la crisis del Estado como unidad política y la crisis de la modernidad, donde se funda la legitimidad política, la acción política, sobre qué instituciones opera, etc. El político Roosevelt era un político universalista, era un estadista, de ahí viene esta identidad. Además, estaba basado en la defensa de ideologías, en principios, en sistemas de valores. Es un mediador de intereses, y además hay una transmutación; estoy de acuerdo con lo que vos decías, Rosendo, más que un intelectual o un buen comunicador. Pero también creo, sumando a lo que ustedes decían, que tampoco hay que tener nostalgia de este modelo de político porque, además, es resultado de estas macrotransformaciones que no son argentinas, a las que no le encontramos el nombre, si es “fin de la modernidad”, “posmodernidad”, “ultramodernidad”, “sobremodernidad”, “modernidad tardía”. No hay manera de decir que algo de la modernidad ha muerto, algo de la modernidad tiene que ver

con esta crisis. Una nota a pie de página, y ustedes no me dejan mentir. Vos, Enrique, tenés mucha experiencia en esto. Yo he tenido la oportunidad de trabajar muchas veces con políticos en equipos de campaña, y sé que el político, en realidad, el que nosotros conocemos, es un tipo que se deja influir poco. Hay mucha gente que le da datos, que le escribe discursos, pero las decisiones las toman los políticos; lo que ellos creen que tienen que hacer es lo que hacen. Son tipos muy difícilmente influenciables. Y esto es válido desde un candidato a presidente o un presidente como el que tenemos, hasta un intendente. Es muy difícil la relación del intelectual con el político, aun en la época en que la política se ha tecnificado muchísimo y los equipos son cada vez más grandes, y las tecnologías que están en juego son cada vez más importantes.

Comentario de Rosendo Fraga: Se percibe la política como demasiado artificial. Consigna: las elecciones se ganan sobre el centro, si usted está a la izquierda, córrase hacia el centro, si usted está a la derecha, córrase hacia el centro, porque el electorado indeciso está en el centro. Si soy Bush, mejor que tenga un diputado gay, como tenía el elenco de gobierno, porque tengo que correrme. Para llegar al poder, córrase hacia el centro. Y esto a un político se lo tenés que decir. Pero hay mucho de esto en la política.

Comentario de Luis Alberto Quevedo: Si esto es así, Rosendo, el motivo por el cual Patricio Etcheagaray o Beccar Varela no tienen éxito, no es porque no tengan más centímetros en los diarios o más minutos de televisión.

Comentario de Rosendo Fraga: No necesariamente, no es todo. No es monocausal ni es uno solo de los factores. No es que Patricio Etcheagaray no saque más votos porque no tiene prensa. Algo de eso puede haber.

Comentario de Enrique Zuleta Puceiro: Pero ¿sabés por qué no tiene prensa? Porque dice cosas obvias. Si les pregunto a cualquiera de ustedes qué diría Patricio Etcheagaray o Beccar Varela, resultaría que son previsibles, son ideologías, son moldes armados. ¿Por qué Carrió sí? Carrió no comenzó con apoyo de prensa. Carrió ha hecho un aporte, como Chacho Álvarez o Fernández Meijide en su momento. Un aporte de innovación, de repentización, de pensamiento fresco, que eso es lo que premia la gente. Los políticos de los extremos dicen cosas obvias y previsibles. Repiten lugares comunes y en cada país hay expresiones parecidas. Su discurso carece de interés. No aporta nada nuevo aunque el énfasis y los estilos puedan impresionar por el volumen en que se habla. Los medios, por más que quieran convertir a Beccar Varela o a Etcheagaray en salvadores de la Patria, no lo van a lograr. Los medios, por una parte, imponen, pero por otra parte, tienen que responder a demandas del público que premian o

castigan con su interés lo que los medios le proponen, a veces con éxito y muchas más veces sin éxito.

Comentario de posgraduanda norteamericana: Quisiera referirme al divorcio entre el intelectual y el político. El intelectual argentino todavía tiene el vínculo con los medios, que no existe en Estados Unidos. Y mucha gente acá, pese a la crisis, todavía lee los diarios. En mi país, los medios no son críticos, hay un consenso. Y cualquier persona que es crítica es marginada. En el mundo académico hay personas muy inteligentes, hay mucha plata y pueden hacer investigaciones, pero se quedan dentro de su círculo, no hay vínculo con la sociedad ni con los medios. No sé si será por las características de nuestra cultura o si será porque no somos dependientes, porque estamos bien económicamente, o porque la gente no sabe de otras culturas ni les interesa, o si será por las corporaciones que controlan los medios. Lo cierto es que la sociedad norteamericana no está informada. Muy poca gente ve programas políticos en los medios, a diferencia de lo que se aprecia aquí.

Comentario de Enrique Zuleta Puceiro: El programa político en la televisión de Estados Unidos es el del domingo a la mañana. La idea de un programa como el de Grondona, por ejemplo, con gente discutiendo en una mesa una o dos horas, es un imposible en Estados Unidos.

Comentario: No estaba de acuerdo con Zuleta cuando él dice que arribando a la democracia el rol de los partidos políticos cambia. Yo me asusté un poquito cuando Zuleta dijo que el rol de los partidos estaba desapareciendo. Porque yo creo que lo que tienen los partidos para subsistir es la organización, porque los líderes mediáticos no han dado realmente respuesta. Han sido chispazos que han generado expectativas como estrellas fugaces. Yo estoy convencida de que los partidos tienen que cambiar. La democracia debe perfeccionarse. El rol de los partidos políticos dentro de la democracia es importantísimo.

Respuesta de Enrique Zuleta Puceiro: El político mediático —el que interesa a los medios y logra por ello instalarse en ese espacio desde cierto punto de vista, privilegiado por su visibilidad y llegada al electorado— es un político que sabe escuchar. De la Rúa, por ejemplo, es un político mediático. Hoy, a ustedes les puede parecer esta definición exagerada, pero De la Rúa está donde está gracias a su capacidad mediática. De la Rúa ha ganado debates sin hablar, con mohínes, haciendo gestos, es así. Y Chacho, si no tuviera la nariz que tiene y las características físicas, el manejo de los gestos, de los silencios. O Fernández Meijide y, por supuesto, Lilita Carrió. El líder mediático es el líder que sabe escuchar, por eso los comuni-

cadores no son grandes habladores, son grandes escuchadores que, con un gran manejo del *timing*, pueden reflejar lo que escuchan en sus palabras y, sobre todo para la televisión, el lenguaje gestual. Y ahí está la clave. El político que funciona será el que sepa escuchar, no el que sepa hablar.

Comentario: Ahí está la importancia de la organización del partido. Eso es lo que quería señalar. Coincido con usted, Zuleta, en que no podemos negar lo nuevo, tenemos que enfrentarlo o cambiarlo. Pero lo valioso del partido político es esa construcción que hace que no sean chisporroteos simplemente. Si Lilita Carrió, que es verdad que tiene toda esa capacidad de escuchar, esa capacidad gestual, o Chacho, hubieran conseguido una construcción detrás de él, en este momento estaríamos en otra realidad, no en la que estamos. Yo sigo sosteniendo que la construcción que significa el partido político es fundamental, aun con todo lo que hay que hacer para adentro del partido. Estoy de acuerdo con lo que se dijo del rol del intelectual y el rol del político. Yo quiero políticos de calidad. Sabemos cómo se maneja el clientelismo y cómo se llega. Los partidos políticos tienen que cambiar muchísimo, pero su rol es fundamental.

Comentario de Luis Alberto Quevedo: Quisiera establecer una distinción entre lo que fue la irrupción en la escena de Chacho Álvarez o de Fernández Meijide en el Frepaso, y la de Lilita Carrió. Tengo la impresión de que Lilita Carrió está operando en la política más como un lugar vacío, opera más como un lugar donde se han puesto las expectativas frustradas, que como una estructura de futuro. Es un lugar donde uno puede decir que están por hacerse cosas, pero no que están hechas cosas. Me da esa impresión porque es distinto a lo que fue la construcción de Álvarez durante muchos años. Por eso Carrió es capaz de arrastrar estos números que vos mencionabas, Gerardo, que son números que expresan más bien una continuidad con lo que fue el discurso de la Alianza durante 1998-1999 y una necesidad de la gente de poner en algún lugar esas expectativas frustradas. Coincido con el diagnóstico que hacía Gerardo de las ONG, y me estaba acordando de algo que escuché; que Farinello es una ONG devenido a político. Dicho groseramente, pero es un poco así. Le preguntaban en un programa de radio cómo iba a ser su lista en la provincia de Buenos Aires, porque él va de senador y también está la lista de diputados. Ahora parece que las encuestas lo favorecen un poco más, pero en ese momento él no iba a ser senador, pero iba a crear un movimiento e iba a poner muchos diputados. Entonces, le preguntan por esto y él empieza a decir que por supuesto trataron de acercarse a él gente con intereses espurios para lograr cargos en la política; que por supuesto que él sabía que tenían muy pocos valores políticos y que, además de todo esto, él había decidido que a la lista de diputados la iba a armar él. O sea, que es el grado cero de

la política institucionalizada, esto que vos estás tratando de decir. Después, le va a pasar la política por encima, porque en un momento determinado, o se construye algo que tenga un sostén por fuera de una coyuntura electoral, o es nada; o es eso, es una coyuntura electoral.

Comentario de Enrique Zuleta Puceiro: Lo que diferencia a Lilita es que rompe el arco ideológico, porque Lilita a esta hora acaba de salir de la comunión diaria en San Nicolás, y al mediodía comulga en Las Esclavas. Ella vive en la Plaza Vicente López, tiene los códigos del conservadurismo argentino, no necesita cultivar ese electorado, allí está su voto y lo da por descontado. Además, allí está su Habermas y todo lo demás, o sea, que abarca 180 grados. Es la diferencia con Fernández Meijide y Álvarez, que tenían medio país. Tenían el otro medio país absoluta e irremediabilmente en contra. Lo de Lilita es una cosa diferente, que tiene que ver con el vacío que ha dejado en la política la crisis de las ideologías. Sin embargo, las posibilidades de Lilita dependen de su capacidad para conservar ese enfoque ecuménico. Un vuelco de la balanza ideológica que pretende hacia alguno de los platillos puede poner en riesgo su potencial actual.

Comentario de Rosendo Fraga: Mirá desde el año 1983. Por la derecha tuviste la Ucedé, el Modín y Acción por la República; por la izquierda el PI, Izquierda Unida, después vino el Frepaso como centro izquierda. Dieciocho años después, la estructura radical justicialista sigue en pie, hegemoneando la política argentina. Todos los intentos por derecha y por izquierda, en los hechos, han terminado desarticulados. Nos guste o no nos guste, no se puede gobernar la Argentina si no es desde las dos estructuras políticas principales. Desde el año 1945 para acá, nunca se pudo triunfar en una elección presidencial fuera de los dos partidos políticos.

Comentario de Enrique Zuleta Puceiro: Así es como se llega. Respecto a gobernar, si Menem no hace una alianza con la derecha, no gobierna. Y si De la Rúa no llama a Cavallo, no gobierna. Desde los partidos no se gobierna. Desde los partidos se llega. A partir de ahí es otra cosa, porque es imposible sostenerse exclusivamente desde un partido político en el gobierno. Menem convoca a Cavallo, un economista técnico con antecedentes en el gobierno militar y llevado por los empresarios a la política. Pero eso lo hace porque le es imprescindible establecer una alianza con los sectores frente a los que él mismo se cree más débil.

Comentario de Rosendo Fraga: ¿Cómo consigue Cavallo la delegación de facultades del Congreso al Ejecutivo? No lo consigue por ninguna alianza, ni social ni económica. Lo consigue simplemente por una negociación política, una articulación política.

Comentario de Enrique Zuleta Puceiro: Pero lo importante es De la Rúa, que no puede gobernar sin hacer una coalición más amplia que su partido. Si él llama exclusivamente a los radicales su gobierno será efímero. De hecho ese enfoque inicial no duró ni siguiera la etapa de Machinea. La política, los partidos son una condición imprescindible para llegar y una condición importante para permanecer, pero en manera alguna es una condición suficiente. Para llegar, el soporte partidario es fundamental, sin partido no se llega, como lo demostró la experiencia Bordón-Alvarez, con todas las circunstancias a su favor, aunque con un factor de debilidad esencial: la ausencia de partidos o coaliciones capaces de asegurar esa ventaja inicial frente a la fuerza superior del justicialismo. La presencia del eje radical en la versión de la Alianza 1997-1999 explica la victoria. Sin embargo, para gobernar hay que hacer inmediatamente otra cosa, porque no se gobierna con los partidos, se gobierna con recursos e instrumentos que los partidos, desgraciadamente, están con dificultades para dar. El primer deber de un gobierno electo —dijo alguna vez Lindon Johnson en su discurso de investidura— es pactar con la sociedad las condiciones en que se ejercerá el derecho a gobernar recibido en las urnas. Una coalición electoralmente exitosa no tiene por qué ser automáticamente una coalición gubernativa. Es importante que las sociedades entiendan esta evidencia histórica. De otro modo, los gobiernos acumulan una sobrecarga de demandas que muchas veces conspira contra su capacidad para gobernar. A un gobierno no se lo vota por lo que promete. Se lo vota porque inspira confianza hacia el futuro. Las promesas no son la parte más importante en el proceso de construcción de la confianza. Es mucho más importante el carácter, la independencia de criterio, el realismo, el compromiso, la flexibilidad para revisar errores y asumir las realidades del gobierno. Muchas veces, estas virtudes son precisamente las que permiten revisar promesas equivocadas y hacer lo que se debe hacer. La sociedad está siempre predispuesta a entender y acompañar al gobernante que asume con sinceridad las lecciones de la realidad y sabe trasladar estos dilemas a la sociedad, de modo de poder ser comprendido a la hora de asumir efectivamente las responsabilidades del poder. De hecho, el voto no da derechos, impone responsabilidades.

Comentario: Me parece que esto ya se está agotando. Porque si Cavallo no encamina esta situación y el país se torna en algo ingobernable, no sé que queda detrás de todo eso. Toda esa especulación de si ampliamos el abanico, si atraemos a la parte financiera, si atraemos a los mercados, si el riesgo país se acaba, se acaba todo. Hay que volver a la ideología, la ideología es fundamental. Es fundamental saber qué país queremos hacer.

Comentario: Yo creo que la realidad nos va a dar sorpresas a muchos y se vienen grandes cambios de abajo arriba.